

surasen; llevado á Monclova, que era la capital de aquella, fué fusilado el 20 de Junio de 1811.

Antes de morir publicó un manifiesto "lleno de resignación y de humildad," en el que se arrepiente de su conducta, y pide perdón á todos aquellos á quienes hubiese causado algún mal. Ese manifiesto, así como otros varios, no debe verse como un signo de debilidad y cobardía, sino como la última manifestación de un creyente que va á comparecer ante la presencia de Dios y que en sus postreros momentos mide toda su pequeñez y sólo espera en la Misericordia Divina.

Don Ignacio Aldama, así como su hermano Don Juan, era vecino de San Miguel el Grande; hizo en México sus estudios de abogado y regresando á su ciudad natal, poco ejerció su profesión y se dedicó á las labores del campo, consiguiendo á fuerza de laboriosidad y honradez hacerse de un pequeño capital; su familia y la de su hermano quedaron en la horfandad, y un sobrino de ambos, también se encontró complicado en la revolución. Don Ignacio no ha sido objeto de ningún honor especial, por más que tuviera más derecho que algunos otros, para haber sido declarado benemérito de la Patria, y su sepulcro está olvidado allá en Monclova, y acaso ya no guarde los restos del abogado y caudillo insurgente.



#### D. MARIANO JIMENEZ.

Las revoluciones dan el resultado, entre otros muchos, de revelar impensadamente las aptitudes de muchos, que ni remota idea tenían de lo que es una revuelta, para la guerra, y de atraerlos á ella con más fuerza que la que el imán emplea para atraer el hierro. Esto, que con demasiada frecuencia se ha visto en nuestra larga serie de luchas intestinas, sucedió con el caudillo de la Independencia Don Mariano Jiménez.

Fué alumno de la Escuela de Minería de México, donde hizo sus estudios especiales, y en el momento de estallar la revolución de Dolores, se encontraba en Guanajuato como empleado en las minas de la localidad, en compañía de Don Rafael Dávalos y de otros antiguos alumnos del mismo plantel. A pesar de que el cuadro de

horror y de matanza que presencié en Granaditas no era el más á propósito para inspirarle una alta idea de la revolución, el anhelo de independencia que estaba tan arraigado ya entre los criollos, le hizo alistarse entre las filas de los insurgentes. Hidalgo, que probablemente ya lo conocía, se apresuró á atraérselo, y apenas supo su determinación, le dió el grado de Coronel.

El nuevo insurgente estaba ansioso de acreditar su competencia, y por cierto que no le iban á faltar ocasiones en medio de aquella lucha á muerte que empezaba. Desde luego fué destinado á la vanguardia, y el lunes 8 de Octubre de 1810 salió á la cabeza de tres mil hombres por el camino de Silao; dos días después lo siguió el grueso del ejército, y el 16 del mismo mes entraba en Valladolid, precediendo en un solo día al Generalísimo. En la promoción de Acámbaro fué hecho Teniente General y en la marcha sobre México ocupó el puente de Atenco, con lo que obligó á Trujillo á retroceder al Monte de las Cruces, para no ser cortado, y á abandonar el paso de Lerma. Se portó valientemente en la acción mandando una ala del ejército, y situó una batería tan bien enfilada, que sus fuegos molestaron mucho á los realistas. Al día siguiente de la acción, el 31 de Octubre, Jiménez, con el carácter de parlamentario, bajó con otros tres oficiales, en un coche

escortado por cuatro dragones, hasta las góteras de la capital. En Chapultepec se le hizo detener y desde ahí envió al Virrey Venegas el pliego de que era portador, y permaneció algunas horas en espera de la respuesta, hasta que llegó ésta, verbal y perentoria: que ningún trato podía haber con los rebeldes y que él (Jiménez) debería retirarse inmediatamente, si no quería que le hiciesen fuego.

El mariscal acompañó á Allende á Guanajuato, donde activó la fundición de cañones que hacía Dávalos, y tomó otras disposiciones para la defensa de la ciudad; mandó personalmente la batería que en Marfil estuvo molestando á los realistas, y se retiró de la ciudad cuando se cercióró de que la defensa no podía prolongarse más, después de haber intentado continuarla desde el cerro del Cuarto, en la madrugada del 25 de Noviembre. Pasó en seguida á Zacatecas, en camino á Guadalajara, pero antes de llegar á esta última ciudad, en la Hacienda del Molino, Allende le dió la comisión (Noviembre de 1810) de que fuese á propagar la revolución á las provincias internas, donde la idea había atraído numerosos partidarios, y de donde enviaban quejas los revolucionarios de San Luis.

Refiere Alamán que Jiménez sacó de Guadalajara una fuerza de diez á once mil hombres, pero es indudable que en esto también

está equivocado el historiador, pues ni un hombre sacó Jiménez de allí, y en la relación de Fray Gregorio de la Concepción, se dice que cuando el mariscal llegó á las Charcas, tenía doscientos hombres, y no es creíble que tratándose de voluntarios, como eran los soldados insurgentes, se desertasen en tal cantidad hasta dejar casi abandonado á su jefe. El objetivo de Jiménez era llegar al Saltillo, pero cuando supo que el realista Cordero lo esperaba, procuró reunir gente, y á ese fin llamó á Fray Gregorio, que se había hecho de bastantes recursos en San Luis; unidos ambos, continuaron el avance, haciéndose de bastantes hombres en el camino y aumentando su ejército con los soldados de las Compañías presidiales, que eran bastante aguerridos.

El ejército insurgente llegó á contar con siete mil hombres y veintiocho cañones; los primeros no todos estaban armados, y los indios de Mezquitic eran una chusma informe; en cuanto á los segundos, eran poco eficaces; sin embargo, con esos elementos, se presentó batalla á Cordero, que tenía dos mil hombres, verdaderos soldados, el 6 de Enero de 1811, en el punto llamado Agua-nueva, cercano al Saltillo. A los primeros tiros, el ejército realista se pasó al insurgente, y Cordero tuvo que huir, pero á poco fué hecho prisionero por sus mismos soldados.

A consecuencia de la victoria, fué ocupada la ciudad de Saltillo, y se consiguió que el Gobernador del Nuevo Reino de León, Don Manuel Santa María, se declarase en Monterrey por la Independencia, con lo que la insurrección se extendió por todas las provincias internas y llegase hasta los límites de la Colonia con los Estados Unidos. El Obispo Marín, imitando á su colega de Valladolid y de Guadalajara, dejó su Diócesis, y dirigiéndose á Soto la Marina, se embarcó con rumbo á Veracruz y México. El Capitán Casas se apoderó de San Antonio Béjar, capital de Texas, y aprehendió al Gobernador Salcedo, así como á Herrera, ex-Gobernador del Nuevo Reino de León. La revolución en aquellas extensísimas comarcas se había propagado con más rapidez que en el interior, y no quedaba por el Rey más fuerza que la de Ochoa, que por un momento amenazó cortar las comunicaciones del Saltillo, haciéndose fuerte en el Puerto del Carnero, pero destacado oportunamente el Capitán de presidiales, Treviño, derrotó completamente á Ochoa. El camino para los derrotados de Calderón quedaba libre, y Jiménez, que ya tenía noticia de esta derrota, despachó una fuerza á Matheuala, para escoltar á los Generales, mientras él se dirigía á Saltillo á preparar los alojamientos de todo el viaje, en unión del

Gobernador de Coahuila, nombrado por él y que se llamaba Don Pedro Aranda.

En la hacienda de Buena Vista se reunió Jiménez á los Generales, para seguir la misma triste suerte que éstos, y ya en Saltillo asistió á la Junta de oficiales superiores que resolvió sobre la renuncia definitiva de Hidalgo y el nombramiento de Rayón para jefe del ejército. Las noticias de la contra-revolución de Béjar y las continuas deserciones del destacamento de Monclova, le inspiraron serios temores y lo obligaron á apresurar la salida de los Generales, la que se verificó el 15 de Marzo; tuvo alguna desavenencia con Allende por el envío que hizo éste de Cordero al Saltillo, á causa de que sospechaba de él. A pesar de los numerosos avisos que tenían de que estaban vendidos, la excesiva confianza que Jiménez y Fray Gregorio de la Concepción tenían en Elizondo, parece que fué la causa principal de que caminasen descuidados y sin enviar la tropa por delante.

El día de la traición de Bajan, caminaba Jiménez en el coche de Allende, cuando Elizondo les intimó rendición, éste trató de defenderse y se trabó una refriega que hubiera hecho más víctimas, á no mediar Jiménez, que, como todos, quedó bien custodiado y fué atado como los demás prisioneros, aunque después se vió libre de ligaduras, hasta que el mismo Cordero, á quien

había defendido cinco días antes, no dió orden de que se le atase de nuevo. Llevado á Chihuahua se le formó causa, que se distingue de las demás por los testimonios de simpatía que le prodigaron los testigos, y por los muchos pormenores que de la revolución en las Provincias Internas contiene. Todo lo declarado en esa causa, dice Alamán, "es muy honroso para Jiménez, quien no solo se condujo con mucho tino y acierto en sus operaciones, sino también con mucha humanidad con los españoles, á los que no persiguió en sus personas y despojó de sus bienes, dando una prueba señalada de caballerosa generosidad con el Gobernador de Coahuila, Don Antonio Cordero, que habiendo sido cogido después del desastre de Agua-nueva, por sus mismos soldados y entregado al lego Villerías, que fué en su alcance, recelando Jiménez por lo que conocía del carácter de éste, que el prisionero no sería tratado con la consideración que deseaba, mandó un oficial con un coche para conducirlo, y no sólo lo dejó en libertad, sino que lo recibió y lo alojó en su casa. El ánimo oprimido con la relación de tantos hechos atroces, descansa cuando encuentra una acción generosa, quedando el sentimiento de que ésta no fuese dignamente correspondida con igual nobleza por el enemigo, en cuyas manos cayó por las vicisitudes de las revoluciones, el que con

ella se había hecho tan recomendable, dando un ejemplo tan poco común en aquel tiempo.”

Jiménez no encontró gracia ante sus Jueces, á pesar de su conducta generosa; condenado á muerte, fué ejecutado el 26 de Mayo de 1811, en la plaza de Ejercicios de Chihuahua, en compañía de Allende, de Aldama y de Don Manuel Santa María, y su cabeza fué colocada en uno de los ángulos de Granaditas. El Congreso de 1824 lo declaró benemérito de la Patria y mandó inscribir en letras de oro su nombre, en el salón de sesiones del Congreso. El Colegio de Minería, del que fué digno alumno, jamás se ha ocupado de honrar la memoria del bravo insurgente, que aun entre los primeros caudillos consiguió hacerse notable.

En los anales de dicho Colegio encontramos las siguientes noticias referentes á los estudios que allí hizo el Mariscal Jiménez. Procedía de una acomodada familia de mineros establecida desde muchos años atrás en la ciudad de San Luis Potosí. Ingresó en 1796 y en 14 de Noviembre sustentó acto público de matemáticas, hasta Geometría; en el año siguiente terminó el estudio de esa ciencia, y en 23 de Octubre presentó el respectivo acto, bajo la dirección de su Profesor, Don Andrés José Rodríguez; en 1798, siendo su Profesor Don Francisco A. Bataller, cursó Física, asignación de la que tuvo acto el 29 de Octubre; en

1799 estudió Química en la clase de Don Luis Lindner, sustentando el acto público el 30 del mismo mes de Octubre; en 8 de Noviembre del siguiente año de 1800, y patrocinado por su Profesor Don Andrés Manuel del Río, presentó acto de Orictognosia, Geognosia y Labores de Minas. Como en todos sus exámenes había tenido notas muy favorables, en 8 de Enero de 1802 fué Jiménez declarado apto para salir á práctica, y sus superiores consultaron la conveniencia de mandarlo á Zacatecas ó Guanajuato; pero el Tribunal de Minería dispuso que fuese á Sombrerete, por haber ya bastantes practicantes en los minerales citados.

A los pocos días salió para su destino, pero habiéndose comprometido el Marqués de Rayas á recibir á Jiménez en su negociación de Guanajuato, y á su compañero Alvarez Ruiz en la de Catorce, el Tribunal acordó la translación de ambos alumnos, y en Febrero de 1803 pasó Don Mariano á Guanajuato. Terminada su práctica, vino á esta capital á sustentar su examen de perito minero, en 19 de Abril de 1804, y después de disfrutar de algunos meses de descanso, regresó á aquel Mineral, donde su inteligencia y asiduidad le habían asegurado un puesto en la mina de Rayas. Ahí lo sorprendió la revolución de Independencia, en la que tan activa parte tomó, según hemos visto.



#### D. JOSE MARIA CHICO.

Miembro de una distinguida familia de Guanajuato, cuyos descendientes aún viven en aquella ciudad, era el abogado Don José María Chico, que desde los primeros días de la insurrección siguió el partido nacional. Hizo sus estudios en esta capital, y terminados, regresó á su ciudad natal, donde se dedicó al ejercicio de la abogacía, que debe haber sido pingüe entonces, por ser Guanajuato una capital rica y muy poblada, ocupando bajo este concepto acaso el primer lugar después de México. Era hijo de un rico español avecindado en la población, llamado Don Bernardo Chico, grande amigo de Don Miguel Hidalgo, y uno de los pocos europeos á quienes la revolución en sus comienzos no causó gran daño.

En su casa se alojó el Generalísimo, y á uno de los hijos de su huésped le dió el

mando del Regimiento que levantó en la ciudad; al otro hijo, que es el de que nos ocupamos, lo hizo su Secretario. Necesitaba ya el caudillo de la revolución un empleado que se entendiese con su correspondencia, y que hiciese propaganda á la causa, expidiese nombramientos, etc., y no encontró hombre más á propósito que el abogado Chico, al que conocía de tiempo atrás y con cuyo padre lo ligaban vínculos de amistad.

Acompañó á Hidalgo á Valladolid, las Cruces, etc., pero era tan poco el tiempo que el caudillo permanecía en cada punto, que el Secretario apenas tenía tiempo de atender á lo más urgente, y fué hasta Guadalupe donde pudo lucir sus aptitudes. Apenas llegado allí, procuró organizar el Gobierno independiente, en unión de Rayón; Hidalgo, jefe de él, recibía el tratamiento de "Alteza," y su Ministerio se componía de Rayón, con el título de "Secretario de Estado y del Despacho," y de Chico, que se llamó "Ministro de Gracia y Justicia;" organizó la Audiencia, de la que fué Presidente y que la formaban los abogados Avendaño, Ortiz de Salinas, Solórzano y Mestas, dió los decretos ya expedidos antes, de supresión del tributo, de los estancos y de la esclavitud; por último, contribuyó á difundir las ideas independientes por la prensa, con la publicación del "Des-

perador Americano." Estas atenciones y la correspondencia diaria del caudillo, ocuparon á Chico hasta que hubo de salir el ejército para Calderón, á esperar á Calleja.

Después de la batalla ayudó á Rayón á poner en salvo los fondos de la revolución y siguió á los primeros caudillos en la larga peregrinación que debfa terminar con la prisión de todos ellos en Bajan. Como no era militar fué visto con tal desdén por sus aprehensores, que no lo condujeron á Chihuahua, sino que lo dejaron en Monclova. Empezó á resaltar su personalidad cuando el Juez de la causa, Abella, tomó declaración á los principales prisioneros; Abasolo, que fué el más explícito de todos, hizo tales alusiones á los servicios prestados por Chico, que el Juez dió orden de que con buen resguardo le fuese enviado, para á su turno procesarlo, como lo hizo. No fué muy larga ni difícil la causa formada al Ministro de Hidalgo cuando varios testimonios aparecían en su contra, así es que pronto terminó con la condena de Chico, quien fué sentenciado á sufrir la pena capital. Acaso en otro tribunal menos apasionado que el de Chihuahua y en donde el reo tuviese más garantías de defensa, habría salido absuelto; pero allí era imposible.

Chico fué fusilado por la espalda el 27 de Junio, en compañía de Don José Solís, que era intendente del ejército insurgente,

del Brigadier Onofre Gómez Portugal y de Don Vicente Valencia, alumno de Minería en práctica en Zacatecas, como Jiménez en Guanajuato, y á la sazón Director de ingenieros. Su Estado natal no han honrado la memoria del primer Ministro que tuvo la Nación, y ni una sencilla lápida recuerda la casa donde nació ó vivió aquél.

No debe ser confundido Don José María Chico, del que acabamos de tratar, con otra persona del mismo nombre y apellido que en aquella época vivía también en Guanajuato, y que fué nombrado Alcalde por Hidalgo; fué de los pocos que no sólo encontraron gracia ante Calleja, sino que por nueva elección continuó en el mismo puesto de Alcalde cuando el jefe realista arregló el Gobierno de la ciudad.



#### DON FRANCISCO LANZAGORTA.

Fué uno de los conspiradores de Querétaro. Tenía el empleo de Capitán del Regimiento de Sierra Gorda, acantonado en las cercanías de aquella ciudad, y por su amistad con Allende, pronto se mezcló en la conspiración y asistió á las juntas en casa del Br. Sánchez y del abogado Lazo, para lo cuál hacía diferentes viajes.

En los documentos que existen en el archivo general consta que Lanzagorta era un activo agente de la revolución en Querétaro, que asistía á las reuniones en casa del Lic. Parra, que disponía de dinero suficiente para buscar adeptos, que hablaba con mucho entusiasmo del próximo levantamiento y que el 12 de Agosto de 1810 salió violentamente de Querétaro llamado por Allende, que era algo pariente suyo, y llevaba doscientos pesos y diez y ocho marcos de plata que le entregó dicho Lic. Parra. Desde ese día no se le volvió á ver en la ciudad.

Acercándose ya el día que debía estallar la revolución, fué destinado á proclamarla en San Luis Potosí, que era su ciudad natal y lugar de residencia de su padre; parece que el mismo Hidalgo fué el que le dió esa comisión, pues según la relación de Fray Gregorio de la Concepción, salió de Dolores el 13 de Septiembre, y en veinticuatro horas es puso en San Luis, donde entregó al mencionado religioso la carta, proclamas y demás papeles que llevaba. Era bastante peligrosa la comisión de Lanzagorta, por encontrarse gobernando la provincia Calleja, que apenas tuvo noticia de lo ocurrido en Dolores, empezó á alistar su ejército y á tomar las medidas conducentes para combatir la revolución.

Una de las primeras que dictó fué la aprehensión de todos los sospechosos, debida, según informó al Virrey, á haber descubierto una conspiración tramada por algunos oficiales, que habían ofrecido á los insurgentes pasarse con los Cuerpos que mandaban, en el momento de una acción, descubrimiento que había hecho por la fidelidad de un sargento. Lanzagorta fué uno de los primeros aprehendidos el 18 de Septiembre, y en seguida Zapata, y otros, como el lego Herrera, que fué encontrado en el camino; todos fueron llevados al Convento de San Juan de Dios, donde Fray Gregorio vivía. Mientras Calleja permaneció



ció en San Luis organizando su ejército, los afectos á la independencia se mantuvieron quietos, pero habiendo salido el 25 de Octubre con sus fuerzas á socorrer la capital, empezaron los ánimos á mostrarse inquietos y adquirieron nuevos bríos cuando supieron que Iriarte con sus tropas estaba cerca.

El lego Herrera, comisionado de Hidalgo, de acuerdo con el lego Villerías, con Fray Gregorio, con Don Joaquín Sevilla y Olmedo, oficial de lanceros de San Carlos, que de antemano estaba comprometido con Allende á sublevarse, y con Lanzagorta, organizaron la revolución, en la noche del 10 de Noviembre la hicieron estallar, y sacando de la cárcel á los presos aumentaron el número de los pronunciados. A las tres de la mañana estaba consumado el motín, reducido á la impotencia y herido el Comandante realista Cortina, y se había enviado un correo á Iriarte par que entrase á la ciudad. Entraño éste, ordenó el saqueo, aprehendió á los legos y á Sevilla, que se oponían á él, y se dispuso á salir de San Luis, llamado por Allende, dejando como Comandantes á los mismos presos y á Lanzagorta.

Pero éste se dirigió en busca de Allende, el que lo comisionó para que propagase la revolución en el Norte, confiriéndole el grado de Mariscal y ordenándole que obede-

ciase á Jiménez, que llevaba el mando general de la región. Acompañó á este jefe á la batalla de Aguanueva, á la ocupación del Saltillo y de Monterrey, y á la acción del puesto del Carnero. En seguida se incorporó á la comitiva de los Generales, mandando las tropas presidiales, que eran las mejor organizadas que tenía el ejército. Con ellos cayó prisionero, y conducido á Chihuahua, se le formó una rápida sumaria que terminó con la sentencia de muerte; fué de los primeros fusilados, perdiendo la vida el 11 de Mayo de 1811, en unión del Coronel Luis Mireles, uno de los incorporados desde San Miguel.

Lanzagorta no cometió ninguno de los excesos á que se entregaron muchos de los jefes independientes, y en cuanto pudo, procuró organizar y dar instrucción á su tropa, comprendiendo el provecho que se podía sacar de ella al comparar la gran diferencia que había entre los soldados disciplinados de las Compañías presidiales que se le habían unido, con las chusmas de indios desordenados y cobardes, que formaban el ejército de Iriarte y que en su mayoría eran de Mezquitic. Su subordinación á Jiménez, que tuvo demasiada confianza en Elizondo, lo perdió, como perdió á todos los caudillos de la primera época de la revolución.



### DON PEDRO ARANDA.

Están todos los historiadores, conformes en que Elizondo fué un traidor que valiéndose de artificios hizo prisioneros á los primeros caudillos de la Independencia; pero ninguno ha dedicado su tiempo á averiguar hasta qué punto esa traición se vió ayudada por el descuido de los traicionados, ni la responsabilidad que en ella tuvieron, por no adoptar las precauciones que su condición de fugitivos exigía. A dilucidar en parte este punto, va encaminada la biografía que sigue.

Don Pedro de Aranda, nació en Comanja, pueblo de la jurisdicción de Lagos, y vivía dedicado á la agricultura en una pequeña hacienda de labor de su propiedad, denominada Penjamillo el Alto, cuando estalló la revolución de Dolores; uno de los numerosos agentes despachados por Hidalgo

y Allende, el famoso Iriarte, lo decidió á que siguiese la causa de la insurrección, sin necesidad de hacerle muchas promesas, y mucho menos de intimidarlo como él pretende en su causa. Expedicionó por Zacatecas y San Luis, sin darse á conocer gran cosa, hasta que por la llegada del Mariscal Jiménez á esta última provincia, despachado por Allende para propegar la revolución en el Norte, quedó á las órdenes de aquel jefe. Asistió á la batalla de Aguanueva y toma del Saltillo, de donde Jiménez lo envió, con el carácter de Gobernador de Coahuila, á Monclova, capital de la provincia, ordenándole á poco que reuniese los recursos necesarios para el transporte de bagajes que llevaban los caudillos.

No era hombre cruel ni cometió excesos de ninguna clase, como lo demuestra el hecho de haber ordenado que quitasen las esposas á los Gobernadores Salcedo y Herrera, que cayeron en su poder, y á quienes casi dejó en libertad; sin embargo, era afecto á la bebida y á las diversiones y de carácter algo débil, y en la hacienda de Aguanueva permitió que su tropa, formada en su mayoría por indios de Mexquitic, en los que tenía una gran confianza, empuzasen á saquear las tiendas, exceso que impidieron los demás jefes, alguno de los cuales tuvo por esa causa una cuestión personal con Aranda, y dió á éste una bofetada.

Desde el principio de su campaña mostró suma desconfianza de las tropas presidiales, que se habían unido á los insurgentes, y sin embargo, no adoptó precaución ninguna contra ellas, lo que dió por resultado que Elizondo, ayudado por esas tropas, lo hiciese prisionero en Monclova la noche del 17 de Marzo, mientras se encontraba en un baile, diversión á la que era muy afecto, y que se había organizado con objeto de distraerlo y de que no impidiese la contra-revolución que se preparaba.

Preso Aranda, asumió el Gobierno Herrera, quien despachó dos días después á Elizondo rumbo á Bajan. La ineptitud del primero hizo que se perdiese Monclova y con ella alguna tropa, artillería, etc., y sobre todo, que quedase cerrado el camino de la frontera á los caudillos de la Independencia, que avanzaban confiados en las seguridades que les daba Jiménez; éste, á su vez, descansaba en las que le dieron sus Tenientes, en la confianza personal que tenía en Aranda, y en la que por referencias tenía en Elizondo. Si Aranda hubiese tenido alguna precaución, en vez de perder el tiempo en francachelas, hubiera salido á expedicionar, al saber la contra-revolución de Béjar, y no habría caído tan tontamente en manos de Elizondo.

Conducido á Chihuahua con todos los demás presos, Aranda fué sentenciado á la

pérdida de todos sus bienes y á prisión por diez años en Encinillas, (Chihuahua), donde fué confinado, y murió algún tiempo después. Indudablemente que su buena conducta en Monclova y la circunstancia de no haber caído preso en Bajan, influyeron bastante en que se le perdonase la vida á este insurgente que con una poca de actividad y previsión pudo haber salvado la de los primeros caudillos de la Independencia.